

# *Las relaciones entre el reino visigodo y los reyes merovingios a finales del siglo VI*

AMANCIO ISLA FREZ

La rebelión de Atanagildo contra el rey Agila supuso la introducción en la Península Ibérica de los ejércitos de Justiniano que ya habían ocupado notables territorios tanto en Africa, tras vencer a los vándalos, como en la Italia de los ostrogodos en donde los bizantinos tendrán que hacer frente a un nuevo pueblo invasor, los lombardos. El rebelde se sitúa en Sevilla y, poco después, con el refuerzo de las tropas bizantinas, vence a Agila que se dirigía contra él (552). El *status quo* se mantiene por cierto tiempo hasta que, algunos años más tarde, Agila es asesinado y Atanagildo se convierte en el dueño de la situación. No obstante, la presencia de los bizantinos, probablemente acordada bajo tratado <sup>1</sup>, queda establecida en la zona costera del sur y sureste de la Península a pesar de los propios esfuerzos del nuevo rey. Thompson señala que los territorios ocupados estarían al sur de la línea entre Málaga y la desembocadura del Guadalquivir; también poseían Cartagena y algunos territorios más en el interior, centrados en torno a Baza y toda la franja costera entre Cartagena y Málaga <sup>2</sup>. Otras zonas de la Bética eran independientes al dominio visigodo. Tal es el caso de Córdoba que se había sublevado contra los godos en el reinado de Agila y que permanecerá independiente largo tiempo.

Brunequilda y Galsvinda, las dos hijas de Atanagildo habidas en su matrimonio con Gosvinta, fueron casadas con reyes merovingios. La primera con el austrasiano Sigeberto I y la segunda con Chilperico, rey de Soissons. La política matrimonial visigoda, como sugiere Goffart, estaba

---

<sup>1</sup> A él se refiere la correspondencia entre Gregorio Magno y Recaredo (*Reg. Esp. IX*, 229, en *M.G.H., Epp.* pp. 225 y s.).

<sup>2</sup> *Los godos en España*, Madrid, 1979, pp. 365 y ss.

destinada a aislar a Guntrán de Borgoña que resultaba el enemigo más amenazador de cara a la Septimania, que formaba parte del reino visigodo<sup>3</sup>. Mas los propios reyes merovingios estaban interesados en esos matrimonios. Así, al enlazar Sigeberto con la familia real visigoda, Gregorio de Tours dice que Chilperico deseó para sí una mujer de sangre real por lo que solicitó el enlace con Galsvinda. No obstante, razones políticas de más peso pueden explicar mejor el interés del rey de Soissons en no quedar al margen de una alianza con los visigodos. Galsvinda, la hija mayor de Atanagildo que había aportado una considerable dote, deseó pronto regresar a la Península, pero fue estrangulada poco después, en el 567<sup>4</sup>, y se produjo otro matrimonio de Chilperico, la bestia negra de Gregorio de Tours<sup>5</sup>, con su amante Fredegunda. Ambos fueron comúnmente responsabilizados de la muerte de Galsvinda, acción que, por otra parte, permitió a Chilperico apoderarse de la dote de la princesa visigoda.

En el 568 muere el rey visigodo Atanagildo y el reino queda vacante durante cinco meses. El nuevo rey, Liuva, parece haber residido en la Galia gótica y haber permanecido allí durante su breve reinado. Juan de Biclario señala que constituyó a su hermano Leovigildo en el reino de la Hispania citerior. La primera acción de éste es casarse con Gosvinta<sup>6</sup>, la viuda de Atanagildo, como si, para asegurar su posición en un momento de dificultad, fuera precisa su vinculación con la familia de este rey. Sus siguientes movimientos se dirigen a sofocar las rebeliones y a recuperar los territorios de la Bética ajenos al dominio visigótico, continuando, pues, la tarea emprendida por Atanagildo quien, según el *Chronicon Caesaraugustanum*<sup>7</sup>, había atacado Córdoba y ocupado Sevilla —su primera sede en los años de la rebelión contra Agila—, donde es de suponer que dejaría una fuerte guarnición. Leovigildo realizó entre otras, una serie de campañas contra los territorios controlados por los bizantinos, Málaga y la Bastetania y también contra Córdoba, que quizás por aquel entonces había establecido ciertos vínculos con aquéllos.

En el 572 muere Liuva quedando Leovigildo como monarca del conjunto del reino visigodo. En estos años cambia en términos generales el

<sup>3</sup> «Byzantine Policy in the West under Tiberius II and Maurice: The Pretenders Hermenegild and Gundovald (579-585)», *Traditio*, 13 (1957), p. 85, nota 48.

<sup>4</sup> HF, IV, 28 Ed. *MGH, Script. rer. Merov.*, I, I.

<sup>5</sup> Chilperico es, según el Turonense, una terrible mezcla de Herodes y Nerón (HF, VI, 46). Sobre las opiniones de Gregorio sobre los distintos monarcas, *vid.*, Wallace Hadrill, «Gregory of Tours and Bede: Their Views on the Personal Qualities of Kings», en *Early Medieval History*, Oxford, 1975, pp. 101 y ss.

<sup>6</sup> Nada sabemos de la primera mujer de Leovigildo. Gregorio de Tours dice que había muerto y así se casa con Gosvinta (*Historia Francorum*, IV, 38). Juan de Biclario se refiere a Hermenegildo y Recaredo como los hijos habidos *ex amissa coniuge* (a. 573, 5, ed. Campos, *Juan de Biclario, obispo de Gerona. Su vida y su obra*, Madrid, 1960, p. 83), lo que parece indicar que fue abandonada para proceder al nuevo matrimonio.

<sup>7</sup> Ed. *MGH, A.A.A.A.*, t. XI, p. 223.

terreno de operaciones y dirige el ejército contra las poblaciones más o menos independientes del norte y noroeste peninsular. Hacia el 578 había consolidado su dominio y es cuando funda, en un presumible ambiente de triunfo, la ciudad de Recópolis, cerca de la actual Zorita de los Canes (Guadalajara). Ha sorprendido la denominación griega de la nueva ciudad en este momento de enfrentamiento con los bizantinos. Esta tiene más sentido si la comparamos con otra fundación de ciudad, la de Constantinopla, que necesariamente habría de influenciar la constitución de toda nueva ciudad. Constantinopla es la nueva *urbs*, la nueva Roma y éste puede ser el sentido que tuvo Recópolis como sede regia para Leovigildo o para su hijo Recaredo, con cuyo nombre está relacionada. Parece que Leovigildo en esto y en la comprensión de su propia monarquía estaba siguiendo las pautas del emperador romano, con el que, sin duda, tiene notables paralelismos <sup>8</sup>. La relación entre ambos monarcas no pasó inadvertida a un individuo como Valerio del Bierzo. Es sabido que es éste el primer autor hispano que considera a Hermenegildo como mártir, pero, al referirse al mismo, lo incluye en una curiosa lista en la que el príncipe visigodo figura tras Crispo <sup>9</sup>. Este personaje es el primogénito del emperador Constantino, ejecutado por orden de su padre en el 326 a consecuencia de una oscura conspiración en la que también participó la esposa del emperador, Fausta, que corrió idéntica suerte.

La fundación de Recópolis debió marcar un hito importante en el reinado de Leovigildo como ponen de relieve la acuñación de distintas monedas conmemorativas, y debió exaltar la nueva paz del reino que, como destaca Juan de Biclara, será alterada por la sublevación de Hermenegildo. En cualquier caso, el éxito urbano de Recópolis, si lo tuvo alguna vez, sería momentáneo y no parece haber tenido un papel considerable en el reino visigodo quizás por el propio fracaso de la política de Leovigildo.

Algunos años antes, en el 573, Leovigildo había hecho a Hermenegildo y Recaredo, los hijos habidos en su primer matrimonio, *consortes* en el reino. Se ha insistido en el modelo que sobre esta novedad institucional en el reino visigodo pudo haber ejercido la situación política que se produjo durante el reinado de Liuva y Leovigildo <sup>10</sup>. Mas no conviene exagerar la

<sup>8</sup> Constantino podía ser considerado como el gran monarca arriano. De hecho, Isidoro de Sevilla viene a incidir sobre este punto cuando señala que el emperador fue bautizado por Eusebio, obispo de Nicomedia, cayendo, por tanto, in *Arrianum dogma* (*Chronica maiora*, 334, en *M.G.H., AA*, t. XI). En 334<sup>a</sup> la condena isidoriana se centra en Constancio, el hijo de Constantino ab Eusebio episcopo Nicomediensi rebaptizatus.

<sup>9</sup> *De vana saeculi sapientia*, 8, PL. LXXXIII, col. 426.

<sup>10</sup> VID ORLANDIS, J.: *El poder real y la sucesión al trono en la monarquía visigoda*, en *Estudios visigóticos* III, Roma-Madrid, 1962, pp. 4 y ss. Vid. la crítica de A. Barbero, «El pensamiento político visigodo y las primeras uniones en la Europa Medieval», *Hispania*, XXX (1970), pp. 245-328, indispensable en estos temas. También, A. Barbero y M. Vigil, *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona, 1978 y A. Barbero, «Los "síntomas españoles" y la política religiosa de Carlomagno», *En la España medieval*, IV, Madrid, 1984.

similitud entre estos acontecimientos: las disposiciones de Liuva están encaminadas a asegurarse un sucesor mediante una asociación al trono y Leovigildo con las suyas convertía en copartícipes a sus dos hijos. Por otro lado, parece que, mientras que Leovigildo fue constituido en una parte concreta del reino, la Hispania citerior, como rey —aunque no parece que hubiera una división formal del reino—, ninguno de sus hijos llevó este título hasta la sublevación de Hermenegildo en la que éste tomó el rango real. Quizás el modelo se halle una vez más en el Imperio romano y en el propio Constantino que concedió a sus hijos el título de César, reservándose él la dignidad de Augusto. La nueva situación de Hermenegildo y Recaredo no parece suponer un ejercicio del poder en una zona concreta del reino. Solo años más tarde, tras llevarse a cabo su matrimonio, Hermenegildo se instalará en Sevilla.

Gracias a Gregorio de Tours, conocemos las negociaciones que Leovigildo llevó a cabo con los reyes merovingios para casar a sus dos hijos, continuando en principio la política de Atanagildo. Las realizadas en la corte de Metz dieron lugar al matrimonio de Hermenegildo con Ingundis, hija de Brunequilda y Sigeberto y, por tanto, nieta de la reina visigoda Gosvinta y hermana del rey merovingio Childeberto que había sustituido a su padre asesinado en el 575. El matrimonio, por consiguiente, suponía no sólo un estrechamiento de las relaciones con Metz, sino también un reforzamiento de la importancia política de la familia de Atanagildo. Para el matrimonio de Recaredo se busca una princesa en Soissons. Estas últimas negociaciones ya se desarrollaron durante el período de la revuelta y concluyeron con el envío de Riguntis, cuya cuantiosa dote fue robada en el viaje, pero el matrimonio no llegó a producirse. Son estos los años de múltiples enfrentamientos entre, por un lado, Chilperico de Soissons y Guntrán de Borgoña, y Sigeberto y luego su hijo Childeberto II de Metz, por otro. El rey merovingio Clotario I en el 561 había dejado dividido el reino entre sus cuatro hijos —Guntrán, Sigeberto, Cariberto y Chilperico, hermanastro éste de los anteriores—, siguiendo la pauta de lo ocurrido con el reparto del reino de Clodoveo. La ausencia en el reino de Chilperico de una zona natural de expansión, al quedar limitado por los reinos de sus hermanos <sup>11</sup>, y la muerte de Cariberto de París en el 567, son elementos fundamentales para entender las continuas guerras de estos años. Los enfrentamientos más importantes son los que llevan a cabo Chilperico y Sigeberto, tratando aquél en dos ocasiones —en 574 y 575— de pactar con Guntrán, quien a su vez se había enfrentado en años anteriores con Sigeberto, pero en las dos Chilperico fue traicionado. En el 575, fue derrotado el ejército de Chilperico y muerto su hijo Teodeberto en el combate, pero,

<sup>11</sup> *HE*, IV, 22. El intento por parte de Chilperico de apoderarse de París y del tesoro real, realizado nada más conocer la muerte de su padre, debió pesar a la hora del reparto definitivo.

cuando Sigeberto avanzaba hacia Tournai, donde se había refugiado su hermano, fue asesinado en Vitry <sup>12</sup>.

El reino de Sigeberto no fue repartido, como antes el de Cariberto, entre los dos hermanos restantes, sino que Guntrán, iniciando una línea política que seguirá durante muchos años, protegerá al pequeño hijo de Sigeberto, evitando así que Chilperico reciba la mitad del reino de su difunto hermano y de este modo se convierta en un enemigo demasiado peligroso. Esta vinculación entre Guntrán y su sobrino Childeberto se consolida en el 577 a través del llamado tratado de Pompierre, que convertía a Childeberto en el heredero de Borgoña. Por tanto, los matrimonios de los príncipes visigodos van a estar enmarcados dentro de las difíciles relaciones entre los reyes merovingios quienes se disputaban los territorios del reino, conflicto al que se añadía la política de venganza de sangre dirigida por Brunequilda contra los asesinos de su hermana y de su propio marido. A estos acontecimientos no podía estar ajena la reina Gosvinta. Por su parte, Borgoña y, sobre todo, lo que se termina llamando Austrasia mantienen relaciones diplomáticas con los bizantinos que buscan el apoyo merovingio contra los lombardos que amenazan las posesiones italianas del Imperio <sup>13</sup>.

Gregorio de Tours narra el episodio de la llegada de Ingundis a la corte visigoda. Dice que fue recibida por su abuela Gosvinta con gran alegría pero que se negó a ser rebautizada como arriana, lo que provocó la ira de aquélla quien propinó una considerable paliza a su nieta <sup>14</sup>. Todo el relato tiene algo de dudoso y más aún si lo comparamos con la facilidad con que, unos años antes, las princesas visigodas Galsvinta y Brunequilda se habían convertido al cristianismo niceista y, más aún, si consideramos que Ingundis debía ser entonces muy joven. Como ya apuntó Thompson, el propio cronista levanta una sombra de duda sobre la perseverancia niceista de la niña al decir que el ánimo de ésta —como han afirmado muchos—, nunca abandonó nuestra fe <sup>15</sup>. Sin embargo, es evidente que Ingundis fue sumergida en una *piscina*, término cuya significación bautismal es notoria. En cualquier caso, la insistencia de Gregorio de Tours sobre la fe arriana de Gosvinta es digna de atención. El cronista llega a decir que la gran persecución, que describe en terribles términos, desarrollada a partir del 580 debía su iniciativa a la propia reina, *caput sceleris* <sup>16</sup>.

Dos de nuestras fuentes, Gregorio de Tours e Isidoro de Sevilla, se refieren a la persecución religiosa de Leovigildo contra los niceistas y, en relación con ella, ponen de manifiesto el tema del rebautismo. En efecto,

<sup>12</sup> *HF*, IV, 47 y ss.

<sup>13</sup> GOFFART, W.: «Byzantine Policy in the West under Tiberius II and Maurice: The Pretenders Hermenegild and Gundovald (579-585)», *Traditio*, 13 (1957), pp. 73-118.

<sup>14</sup> *HF*, V, 38.

<sup>15</sup> *Los godos en España*, cap. III, nota 25. El texto del Turonense: *sed, ut adserunt multi, numquam animun suum a fide nostra reflexit* (*HF*, V, 38).

<sup>16</sup> *HF*, V, 38.

los arrianos exigían de los conversos niceistas que se bautizaran nuevamente. Gregorio menciona el suceso un tanto de pasada cuando hace alusión a cómo Ingundis fue arrastrada y sumergida por Gosvinta en una piscina (bautismal) lo que, de manera algo oscura, recoge, como ya hemos apuntado, el rebautismo más o menos forzoso de la princesa. Isidoro dibuja con negros trazos una persecución que mandaba obispos al exilio, arrebatada los privilegios de la Iglesia y rebautizaba a los católicos<sup>17</sup>. Este rebautismo era conocido en la tradición eclesiástica occidental por haber sido propugnado también por los donatistas que hacían bautizar a los católicos. Resulta ciertamente curioso que Isidoro, cuando en sus *Etimologías* define a los donatistas, diga que éstos afirmaban que el Hijo es menor que el Padre y el Espíritu Santo menor que el Hijo y que rebautizaban a los católicos<sup>18</sup>. Parece que Isidoro, debido a la insistencia arriana y donatista en el rebautismo, ha adjudicado a éstos un pensamiento trinitario que no les correspondía y que era propio de los arrianos.

La importancia del rebautismo es puesta de manifiesto por diversos cánones conciliares que tratan de solucionar los problemas planteados por el grupo de los rebautizados. El canon IX del concilio de Lérida del 546 condena a severa penitencia a quienes han sido rebautizados sin necesidad o tormento, y el canon XIV prohíbe que los católicos tengan trato con ellos<sup>19</sup>. Se trataba, pues, de aislar e impedir el crecimiento de este grupo. El problema debió cobrar cierta magnitud y el canon XIII del mismo concilio nos informa que algunos ya bautizaban a sus hijos en la herejía. Quizás es toda esta serie de conversiones, que irían aumentando con el tiempo, la que hacía pensar a Gregorio de Tours que en el reino visigodo ya no había cristianos niceistas<sup>20</sup>. No obstante, por lo que podemos deducir de las fuentes, no hay testimonio que demuestre una persecución sistemática contra los niceistas.

Como decíamos, en el año 579 se produce un acontecimiento que conmueve la *quieta pax* del reinado de Leovigildo. Tras su matrimonio con Ingundis, el rey había concedido a su hijo una provincia *ad regnandum*, probablemente el conjunto o parte de la Bética. Entonces Hermenegildo se subleva en Sevilla —ciudad que ya hemos visto relacionada con la familia de Atanagildo—, contra su padre a instancias de su madrastra Gosvinta<sup>21</sup>.

Los motivos, el desarrollo y la transmisión de esta rebelión han producido gran cantidad de material impreso. El núcleo de la discusión es el carácter religioso del enfrentamiento y el sentido que se le da al mismo. Es

<sup>17</sup> *HG*, 50.

<sup>18</sup> VIII, 5, 51, ed. Oroz Reta, Madrid, 1982.

<sup>19</sup> Ed. Vives, *Concilios visigóticos e hispano-romanos*, Barcelona-Madrid, 1963, pp. 57 y ss.

<sup>20</sup> *HF*, VI, 18.

<sup>21</sup> *Hermenegildus factione Gosvinthae reginae tyrannidem assumens...*, Juan de Biclario, *Chronicon*, ed. Campos, p. 89.

evidente que la contienda tuvo un tono religioso, pero no conviene disociar la cuestión religiosa de la realidad política del reino visigodo.

En el 580, meses después de producirse la rebelión, Leovigildo reúne en Toledo un concilio arriano. Desgraciadamente poco sabemos de este concilio. Sin embargo, breves alusiones nos permiten vislumbrar parcialmente su contenido. Parece desprenderse de las fuentes que la asamblea produce medidas novedosas con respecto a otras reuniones conciliares arrianas de las que tenemos noticia. El *Chronicon* de Juan de Biclaro lo resume diciendo que al viejo error arriano se añade uno nuevo: los niceistas no necesitarán ser bautizados para convertirse en católicos —designación que se da a los arrianos—, sino que será suficiente la imposición de manos y la comunión y recitar la fórmula —de clara expresión arriana— que parece condensar todo el significado del concilio: *gloria patri per filium in spiritu sancto*. De la medida se infiere, ya en principio, un intento de favorecer el paso del cristianismo niceista al arriano, eliminando la dificultad de llevar a cabo un nuevo bautismo que, como hemos señalado, era un motivo de repulsa por parte de los niceistas.

Probablemente en el 580 pero antes de realizarse el concilio, Leovigildo envía una embajada a Chilperico de Soissons. No conocemos los motivos pero, a partir de los sucesos posteriores, es fácil suponer que se trataba de establecer acuerdos matrimoniales para unir a Recaredo con Riguntis, hija de Chilperico, tratando así de contrarrestar la alianza de Childeberto II —Brunequilda con Guntrán—. El embajador de Leovigildo, un tal Agila, mantiene una interesante conversación con Gregorio de Tours sobre temas religiosos. Agila sostiene que resulta inicuo afirmar que el Padre y el Hijo son iguales *in potestate* porque, de hecho, el propio Hijo dice que el Padre es más que él y que, además, sufre y muere entregando su espíritu al Padre. El Hijo es pues inferior al Padre en edad y en potestad. Hasta aquí el legado no hace sino repetir la tradicional cristología arriana en la cual el Hijo es criatura de Dios y, por tanto, no es coeterno con el Padre (*erat quando non erat*). Hay que destacar que frente a la terminología niceista que se centra en el concepto de *homoousios* o consubstancialidad del Padre y el Hijo, los arrianos, al condenar la introducción del *homoousios* como término no escriturístico, enfocaban el debate en la diferente *potestas* de ambos <sup>22</sup>.

A las palabras de Agila, Gregorio responde con una diatriba antiarriana por lo que el embajador le insta a no blasfemar contra sus opiniones aunque no las comparta tal y como se hace en el reino visigodo en donde se dice, *vulgato sermone*, que si se pasa entre un altar pagano y una iglesia cristiana no hace daño venerar a ambos. Evidentemente, Gregorio de Tours no era hombre que estuviera en disposición de entender semejantes

---

<sup>22</sup> El credo del concilio de Sirmium, celebrado en el 359, había condenado el uso del término *ousia*.

razones y actitudes, y acaba provocando la ira de Agila con una nueva perorata.

El episodio pone de manifiesto la política religiosa de Leovigildo antes del concilio del 580. Permanencia del arrianismo y, al mismo tiempo, extraordinaria tolerancia con respecto al cristianismo niceista, lo que viene a excluir el rebautismo forzoso. Parece ser ésta la postura tradicional de la monarquía arriana que, salvo momentos muy esporádicos, no parece haber llevado a cabo ningún tipo de presión religiosa.

No obstante, vamos a ver que esta situación va a ser modificada con posterioridad al 580. En el año 582 Ansovaldo y Domegiselo, embajadores del rey Chilperico, al volver de Hispania tras realizar nuevas gestiones sobre el tema de la dote, comunican a Gregorio informaciones sobre la actualidad religiosa del reino visigodo. Le dicen que Leovigildo ahora venera las iglesias de los cristianos (niceistas) y los sepulcros de los mártires e, incluso, admite que el Hijo es igual al Padre aunque no cree que el Espíritu Santo sea Dios <sup>23</sup>.

Parece, pues, que se ha producido un cambio en lo que a veneración de las reliquias y templos se refiere. Su actitud contrastaría con la que el propio Turonense muestra en otro rey visigodo arriano, Teudegiselo, que, al referirse a una milagrosa piscina bautismal que se llenaba de agua y nunca se agotaba, dijo que se trataba de un truco de los niceistas y no del poder (*virtus*) de Dios <sup>24</sup>. La nueva disposición de Leovigildo con respecto al culto de las reliquias explica las difíciles relaciones entre el rey y un personaje perteneciente a una noble familia goda, Masona, obispo niceista de Mérida, quien se negó, a pesar de innumerables presiones, a entregar la túnica de Santa Eulalia que se hallaba en la basílica dedicada a la santa en la ciudad.

Poco antes de concluir la guerra, Leovigildo manda un nuevo embajador a Chilperico ante el temor de un ataque franco. El legado, de nombre Opila, mantuvo otra interesante conversación con el obispo de Tours. Al preguntarle éste si creía en su religión, el embajador responde que cree lo que los católicos creen, de manera que asiste con Gregorio a la solemne misa de pascua, pero allí advierte el Turonense que ni da la paz ni comunica con ellos por lo que, concluido el oficio, le pregunta más concretamente por su fe. Opila responde: *Credo Patrem et Filium et Spiritum sanctum unius esse virtutes*. Probablemente extrañado, Gregorio vuelve a preguntar por qué entonces no había comulgado. A lo cual el embajador contesta que es

<sup>23</sup> *HF*, VI, 18.

<sup>24</sup> *Ingenium est Romanorum et non est Dei virtus (Liber in gloria martyrum, 23 y 24, ed. M.G.H., Ss. rerum Merov., I, II)*. Se refiere a la piscina que está *apud Osen*. Allí, cerca de San Juan de Alfarahe, se situaría el ejército de Hermenegildo, lo que quizá ayudó a la difusión de la noticia.



porque no se ha dicho el gloria correctamente, es decir, *Gloria Deo Patri per Filium* <sup>25</sup>.

La citada fórmula aparece también en los anatemas del III concilio de Toledo del 589 en el que se condenó oficialmente el arrianismo. En ellos se señala que aquél que no dijera gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo sería anatema. Los testimonios de Juan de Biclaro, las palabras de Opila recogidas por Gregorio de Tours y el anatema del concilio reflejan la importancia que la política religiosa de Leovigildo concedía al gloria. El gloria de Leovigildo honraba a la Trinidad, pero, como ya advirtió Gregorio de Tours en su crítica a Opila, establecía diferencias de grado entre las que en la tradición niceista, desarrollada en una línea a partir de los capadocios hasta el concilio de Calcedonia del 451, se consideran tres personas-hipóstasis distintas pero unidas en la divinidad. Es probable que ciertas peculiaridades de la iglesia niceista hispana, como la doble procedencia del Espíritu Santo, estén en relación con la respuesta que se produce en el debate antiarriano. De hecho, el III concilio de Toledo del 589 decreta la obligatoriedad de la recitación del credo en la misa dominical en donde se ha incluido la afirmación de esta doble procedencia.

Esta jerarquía de las personas de la Trinidad afectaba sobremanera al Espíritu Santo que, como ya hemos visto, según los embajadores francos —quizá poco matizadamente— no era considerado Dios por Leovigildo. Semejante manifestación era condenada por el símbolo del I concilio de Constantinopla del 381 en el que se indica que el Espíritu Santo es *dominus* y vivificador y que ha de recibir la misma adoración y glorificación, lo cual suponía un notable añadido al símbolo niceno que se limitaba a un escueto creer en el Espíritu Santo.

La nueva fórmula religiosa de Leovigildo no podía establecer la consubstancialidad de la Trinidad. Se lo impedía la tradición arriana. Sin embargo, trató de aproximar posiciones al señalar que la Trinidad suponía una única *virtus*, es decir, un solo poder o fuerza. Nuestras informaciones sobre la fórmula de fe leovigildiana son demasiado escasas para analizar sus detalles, aunque resulta significativo que los términos de la controversia se reduzcan a una fórmula litúrgica <sup>26</sup>. Los anatemas del concilio del 589 tienen un carácter demasiado general de condena al arrianismo para poder servir como base para un análisis pormenorizado de los nuevos desarrollos. Las condenas insisten en las medidas y el vocabulario de Nicea y evidencian que, a pesar de la unión en la *virtus*, la teología trinitaria leovigildiana seguía distinguiendo niveles o rangos en la divinidad, probablemente en una línea próxima a los pneumatómacos o macedonia-

<sup>25</sup> HF, VI, 40.

<sup>26</sup> También la liturgia tuvo un papel primordial en la posterior disputa adopcionista. Sobre el tema, *vid.*, A. Barbero de Aguilera, «Los "síntomas españoles" y la política religiosa de Carlomagno» en *En la España medieval* IV, Madrid, 1984.

nos, como se deduce de la información que proporcionan los embajadores francos.

La intervención del monarca en la determinación de las cuestiones religiosas no es un hecho extraordinario. Al contrario, los monarcas bizantinos estaban realizando continuas intervenciones en este sentido y Chilperico de Soissons también propugnaba su propia fórmula trinitaria.

La nueva situación religiosa propiciada por el *libellum* del concilio del 580 debió producir una fuerte conmoción en todo el reino. Quizás deba relacionarse con este giro de la política religiosa la conversión al arrianismo leovigildiano de Vicente, obispo niceista de Zaragoza, que motivó la crítica de Severo, obispo de Málaga <sup>27</sup>. Esta conversión, sin duda la más importante, no sería la única. Isidoro menciona las que se produjeron por causa del terror y las que fueron inducidas por el oro y los regalos <sup>28</sup>, métodos estos últimos que concuerdan con lo que refleja el episodio del obispo Masona narrado en las vidas de los padres emeritenses.

Estas conversiones, más la actitud contemporizadora de obispos niceistas como Nepopis de Mérida, hubieron de provocar una fuerte reacción de la jerarquía niceista más intransigente que se opuso, como muestra el ejemplo de Masona, a cualquier concesión, advirtiendo cuáles podrían ser en el futuro las consecuencias del nuevo paso dado por Leovigildo.

En la segunda mitad del siglo VI las conversiones de godos al cristianismo niceista, sin haber sido excepcionales, estuvieron lejos de ser abundantes. Thompson señala cómo el autor de la *Vida de los padres emeritenses* destaca que, a pesar de ser Masona godo de origen, estaba entregado a Dios <sup>29</sup>, mostrando así la común asociación entre visigodo y arriano. Conocemos algunos casos significativos, como son el de Masona, obispo de Mérida y el de Juan de Biclara. Masona había sucedido a Félix en la sede emeritense y su fama, según la *Vida de los padres emeritenses*, llegó a Leovigildo quien trató de sobornarlo para que se convirtiera al arrianismo, pensando también en el efecto que ello podría tener entre los fieles de su iglesia. Ante el fracaso en repetidos intentos de convencerle, Leovigildo nombró para la ciudad un obispo arriano de nombre Sunna al que el rey adjudicó una serie de iglesias que habían correspondido a los católicos. El nuevo obispo pretendió apoderarse de la iglesia de Santa Eulalia. El pleito por la misma se resuelve ante un grupo de jueces de mayoría arriana, que fallaron en favor de Masona. Poco después, Masona es requerido por

---

<sup>27</sup> Isidoro, *De viris illustribus*, XXX, ed. Codoñer, Salamanca, 1964, p. 151. La conversión debió afectar seriamente a la Iglesia de la zona, lo que habría de motivar el concilio de Zaragoza del 592 (ed. Vives, pp. 154 y s.).

<sup>28</sup> *...multos quoque terroribus in Arrianam pestilentiam inpulit, plerosque sine persecutione inlectos auro rebusque decepit* (*Historia Gothorum*, 50, ed. M.G.H., A.A.A., XI, *Chronica minora*, II).

<sup>29</sup> *Los godos...*, p. 38.

Leovigildo en Toledo donde le insta a convertirse y, al no conseguirlo, le exige que le entregue la túnica de Santa Eulalia que habría de ser guardada en la iglesia arriana de Toledo. El obispo se niega y, por ello, es enviado al exilio en el que permaneció unos tres años, siendo nombrado para sustituirle en Mérida el obispo Nepopis quien desempeñaba el episcopado en otra ciudad. Sin embargo, poco antes de morir, Leovigildo autorizará el regreso de Masona quien figura entre los firmantes del III concilio de Toledo<sup>30</sup>. El inicio de los conflictos entre el obispo y el rey debe fecharse en el 582, fecha de la conquista de Mérida por Leovigildo, y su vuelta a la sede emeritense, probablemente, en los primeros meses del 586<sup>31</sup>. Del episodio puede deducirse el intento por parte del rey de atraer un obispo prestigioso a la fórmula de fe del 580. Al no tener éxito, nombraría un obispo arriano de su confianza y, dentro de lo que parece una campaña para dotar a la iglesia arriana de Toledo de un conjunto de reliquias, exigiría a Masona la entrega de la citada túnica. Es su negativa la que provoca el breve exilio. Mientras tanto, un obispo niceista más conciliador, Nepopis, habría de ocupar su lugar. Es evidente, pues, que no hay un intento de forzar la conversión de los niceistas y sí de evitar cualquier crispación. De esta política conciliatoria se nos ha conservado otro testimonio: en los días de la guerra con Hermenegildo, las tropas de Leovigildo llegaron al monasterio de San Martín, entre Sagunto y Cartagena, mataron al anciano abad y se apoderaron de las riquezas del mismo. El rey, al enterarse, mandó que esos bienes fueran devueltos al citado monasterio<sup>32</sup>.

El caso de Juan de Biclaro es ciertamente más oscuro. Los sucesos nos son conocidos gracias al *De viris illustribus* de Isidoro<sup>33</sup>. Juan pasó su juventud en Constantinopla donde vivió diecisiete años y regresó a la Península cuando arreciaba la insania arriana. Al negarse a la conversión fue exilado a Barcelona, sufriendo durante diez años muchas insidias y persecuciones por parte de los arrianos. Como ya destacó Thompson, la probable fecha de su exilio, en torno al 577 ó 578, lo aleja de las grandes conmociones religiosas del reinado de Leovigildo, aunque puede que Isidoro, que escribe casi medio siglo después de estos sucesos, equivocara la fecha del regreso de Juan con la de su exilio<sup>34</sup>.

Roger Collins ha destacado uno de los problemas más importantes a la hora de precisar el hecho de la sublevación de Hermenegildo contra su padre. Se trata de la fecha de su conversión al cristianismo niceista. Nuestra fuente más importante para el periodo, la crónica de Juan de Biclaro, no menciona la conversión de Hermenegildo como elemento detonante de

---

<sup>30</sup> V. IV-V, ed. Garvin, Washington, 1946, pp. 198 y ss.

<sup>31</sup> Thompson, *Los godos...*, pp. 94 y ss.

<sup>32</sup> Gregorio de Tours, *Liber in gloria confessorum*, 12. *M.G.H., Ss. rer. Merov.*, I, II, p. 755.

<sup>33</sup> XXXI. Ed. Codoñer Merino, Salamanca, 1964, pp. 151 y s.

<sup>34</sup> Vid. Thompson, *Los godos...*, p. 97 y p. 100.

la sublevación. Para la fecha de la misma dependemos de la noticia transmitida por Gregorio Magno en su *Diálogos* <sup>35</sup>.

Gregorio Magno había sido enviado como apocrisario papal a Constantinopla, donde había trabado íntima amistad con Leandro de Sevilla, que durará lo que sus vidas, aunque nunca más volvieran a verse. Leandro había marchado a Constantinopla, en palabras del propio Gregorio Magno, *pro causis fidei Wisigotharum* <sup>36</sup>. No sabemos, sin embargo, la fecha de esta *legatio* llevada a cabo por Leandro <sup>37</sup>. La datación generalmente admitida de la presencia de Gregorio en Constantinopla está situada entre el 579, fecha de la llegada al pontificado de Pelagio II y el 585-586, puesto que en este último año, según Paulo Diácono, el aún diácono Gregorio escribió por orden del papa unas cartas al obispo de Aquileia que se negaba a condenar los Tres Capítulos <sup>38</sup>.

En su *Diálogos*, Gregorio dice que, por unos que habían llegado de la Península, se había enterado de la conversión de Hermenegildo, gracias a la acción de su buen amigo Leandro, obispo de Sevilla, y de cómo aquél había sufrido el martirio por causa de su fe <sup>39</sup>. De ello deduce Collins que la conversión de Hermenegildo debió producirse no antes de la partida, sino después de la vuelta de Leandro de Constantinopla pues, si se hubiera producido con anterioridad, indudablemente Gregorio hubiera conocido la noticia por boca de su amigo Leandro y no en Italia a través de unos viajeros en el 586 o, incluso, algo más tarde <sup>40</sup>. Conservamos otra indicación cronológica en una carta sin datar que el obispo Liciniano de Cartagena envió al ya papa Gregorio Magno, probablemente escrita entre el 591 y 595 <sup>41</sup>, en la que hace referencia a la estancia de Leandro de Cartagena al volver de Constantinopla *ante paucos annos*. La alusión, aunque tienda a

<sup>35</sup> Las relaciones de Gregorio con la Península han sido estudiadas por Orlandis, «Gregorio Magno y la España visigodo-bizantina», *Homenaje a D. Claudio Sánchez Albornoz, Anexos de Cuadernos de Historia de España*, I (1983), pp. 329-348.

<sup>36</sup> *Reg. Ep.*, V, 53<sup>a</sup>, *M.G.H., Epp.*, I, p. 353 y s.

<sup>37</sup> Isidoro en su *De viris illustribus* hace referencia al exilio de su hermano, pero lamentablemente no indica nada más sobre el mismo (*Hic namque in exilii sui peregrinatione...*, ed. cit., XXVIII, pp. 149 y s.). Cabe, no obstante, pensar que el término exilio tiene aquí un sentido figurado y que se refiere al viaje a Constantinopla, que quizás era poco prudente recordar en aquellos momentos. Sobre este exilio, J. Fontaine, «Qui a chassé de Carthaginoise Severianus et les siens? Observations sur l'histoire familiale d'Isidore de Seville», en *Homenaje a D. Claudio Sánchez Albornoz en sus 90 años*, I, notas 3 y 92.

<sup>38</sup> *Vid.*, Ewald y Hartmann en *M.G.H., Epp.*, I, pp. 353 y s., nota I. Paulo Diácono, *Hist. Langobar.*, III, 20 en *M.G.H., Ss. rer. Mer. et Ital., saec. VI-IX*, p. 103. La correspondencia escrita por mano de Gregorio en *Reg. Epp.*, ap. III, 1 *M.G.H., Epp.*, II, p. 463. La importancia del tema de los Tres Capítulos es reflejada por A. Barbero de Aguilera, «El conflicto de los Tres Capítulos y las iglesias hispánicas en los siglos VI y VII», *Studia Historica*, V (1987), pp. 123-144.

<sup>39</sup> *Dial.*, III, 31, *PL.*, LXXVII, cols. 289 y ss.

<sup>40</sup> «Merida and Toledo: 580-585», en E. James ed., *Visigothic Spain*, Oxford, 1980, pp. 216 y s.

<sup>41</sup> *Reg. Epp.*, I, 41<sup>a</sup>, ed. cit. pp. 58 y ss.

retrasar el viaje, es demasiado difusa para poder concretar una cronología del regreso de Leandro de Sevilla. No obstante, el texto de la carta de Liciniano es interesante en cuanto nos revela la prisa que Leandro tenía por volver al reino visigodo, lo que hace pensar que importantes acontecimientos estaban teniendo lugar. Por tanto, es admisible, aunque no con seguridad, que Leandro abandonara la Península antes de la efectiva conversión de Hermenegildo y, por supuesto, antes de la derrota del mismo. La relación que aparece en el *De viris* isidoriano entre su viaje y la redacción de obras antiarrianas nos hacen pensar que su visita a Constantinopla estaba vinculada con el desarrollo del arrianismo —desde los últimos años de Atanagildo y el inicio del reinado de Leovigildo se estaba reforzando la presencia visigoda en la Bética— y probablemente con la sublevación de Hermenegildo. La poco explícita frase de Gregorio Magno en la que establece que el motivo de su presencia en Constantinopla es la fe de los visigodos, puede hacer referencia a todas estas realidades, el desarrollo del arrianismo, la política religiosa leovigildiana y sus efectos y la posibilidad o más problemática realidad de la conversión de Hermenegildo.

Suele afirmarse que el concilio del 580 es respuesta directa a la revuelta de Hermenegildo ocurrida en el año anterior, como manera de congraciarse con los sectores romano-niceistas y evitar su apoyo al rebelde, mas no resulta tan evidente que sea producto de la conversión de éste, sino que bien pudo precederla, lo cual parece tener más sentido que realizar concesiones cuando Hermenegildo ya se había convertido al cristianismo niceista. Por su parte, la política de Leovigildo forma un conjunto bastante unitario: las campañas militares que ampliaron las fronteras del reino de los godos, la utilización en su provecho de los modelos romano-bizantinos, la emisión de moneda con su efigie, el empleo de símbolos de poder, la ley sobre matrimonios mixtos <sup>42</sup>, etc., muestran un deliberado intento de fortalecer la monarquía visigoda y llevar a cabo una cierta refundación del reino sobre unas bases más amplias. Elementos de esta política religiosa más abierta con los niceistas nos los encontramos mucho antes del 580. Así, la *Vida de los padres emeritenses* da dos retratos de Leovigildo, uno funesto, basado en la relación del rey con Masona y otro, anterior en el tiempo, reflejado en el trato amistoso y desprendido que el monarca dio al abad Nancto que proveniente de Africa había llegado a Mérida <sup>43</sup>. La tendencia a producirse los segundos bautismos implicaba una cierta base para la unificación, pero ésta era, sin duda, demasiado lenta. Lo que pudo hacer la sublevación del 579 fue acelerar —sin, como hemos visto, forzar— un proceso que ya estaba en marcha. Así, Leovigildo, siguiendo viejos modelos, convocaría un concilio que produjera una nueva fórmula probablemente

<sup>42</sup> *LI*, III, 1, 1, ed. M.G.H., *Legum sectio 1, Leg. nat. Germ.*, I, pp. 121 y s.

<sup>43</sup> Ed. Garvin, III, 8 y ss.

de tendencia homoiousiana, es decir, que atribuyera una cierta semejanza esencial entre el Padre y el Hijo que pudiera aproximarle a los niceistas, restando apoyos al filocatólico Hermenegildo. Si dos siglos antes este tipo de fórmulas, defendido entre otros por Macedonio de Constantinopla —quien fue específicamente condenado en el tomo regio del III concilio de Toledo del 589—, pudo haber servido para lograr una unidad, era difícil que ocurriera lo mismo en la segunda mitad del siglo VI. No obstante, no poseemos testimonios concluyentes que nos hagan pensar que hubo una imposición de la nueva fórmula.

El motivo de la revuelta de Hermenegildo es indicado de manera harto oscura por Biclaro. Se trata de una riña doméstica, es decir, un enfrentamiento en la propia casa real. Este parece dirigido no por Hermenegildo, sino por Gosvinta en cuya facción se alinea Hermenegildo. La cuestión religiosa no parece haber tenido en un principio la menor importancia, puesto que, como ya hemos señalado, el doble testimonio de Gregorio de Tours presenta a Gosvinta como una firme arriana e, incluso, como adalid de la persecución. Por su matrimonio con Ingundis, nieta de la reina, Hermenegildo había quedado vinculado a la familia de Gosvinta. El hecho de que el hijo de Hermenegildo reciba el nombre de Atanagildo muestra la asimilación de aquél a su familia política y a sus intereses. La concesión *ad regnandum* por parte de Leovigildo de los territorios meridionales de la Península con su capital en Sevilla, relacionaba al príncipe con lo que parece haber sido la zona de intereses de Atanagildo, también próxima al área bizantina <sup>44</sup>. Esta situación de poder por parte de la facción de Gosvinta era un riesgo importante para el conjunto del reino visigodo. No obstante, lo que pudo actuar como detonante y concitar la ira de la familia de la reina bien pudo ser la negociación que se abre para casar a Recaredo con una princesa de Soissons, en concreto, con la hija de Chilperico, el asesino de Galsvinda, la hija mayor de Gosvinta, matrimonio que tenía sentido para el reino visigodo dentro de una política de aislamiento de Guntrán y salvaguarda de la Galia gótica <sup>45</sup>.

Ya hemos destacado que, a partir del 577, se había producido el acercamiento entre Guntrán de Orleans y Childeberto II de Metz. Semejante situación era muy peligrosa para los intereses visigodos en la Septimania e, incluso, en el noreste peninsular, por lo que no es extraño que Leovigildo procurara la alianza de Chilperico con la cual se podía contrarrestar la amenaza representada por Guntrán. Hermenegildo y la familia de Gosvinta se debieron oponer a un matrimonio que los ligaba al asesino de la hija de Atanagildo, contra el que se habría declarado la venganza de san-

<sup>44</sup> También Collins, «Mérida y Toledo», *passim*.

<sup>45</sup> El hecho de que Liuva I elegido rey meses después de la muerte de Atanagildo no saliera del territorio de la Galia gótica puede apuntar a que la familia de Leovigildo tenía especiales intereses allí.

gre. Es probable que el obispo Elafio, enviado a la Península a principios del 580 por la reina Brunequilda, hubiera debido tratar estas cuestiones <sup>46</sup>.

La primera acción que lleva a cabo Leovigildo, una vez que se ha rebelado su hijo, es enviar una embajada y negociar con el rey de Soissons el matrimonio de Recaredo. Esta probablemente no fuera la primera, puesto que, poco antes de referir la legación de Agila, Gregorio de Tours hace mención de una embajada del rey suevo Miro a Guntrán que fue apresada por Chilperico quien la retuvo durante un año, lo que pone de manifiesto las previas relaciones entre Leovigildo y el rey de Soissons <sup>47</sup>. También envió el rey legados a su propio hijo, tratando de establecer negociaciones entre ambos, a lo que se negó Hermenegildo. Mientras tanto, éste, como años antes había hecho Atanagildo, había buscado el apoyo de los bizantinos <sup>48</sup>.

El conflicto tiene carácter internacional y sitúa a Chilperico y a Leovigildo contra un nutrido grupo de enemigos. A lo largo de este período la alianza funcionó perfectamente. En el año 581 tanto Leovigildo como Chilperico realizan expediciones contra los vascones. Más que una coincidencia debe pensarse en un cierto acuerdo entre ambos reyes <sup>49</sup>. Entre estos enemigos estaban los suevos que enviaban embajadores a Guntrán y a cuyo reino llegaban los barcos del rey de Orleans puesto que, en el 585, al ser conquistado el noroeste peninsular, Leovigildo encontró allí las naves merovingias y las destruyó <sup>50</sup>.

En el año 581 Childeberto rompe su alianza con Guntrán. La base del deterioro de este pacto es la disputa entre ambos reyes por la ciudad de Marsella de la que Childeberto reclamaba la mitad, a lo que ha de añadirse un cambio entre los magnates que controlaban el reino en la minoría del rey. Childeberto pacta con Chilperico <sup>51</sup>, entonces sin hijos, de quien se convierte en único heredero, pues en los pactos merovingios que se producen estos años tiene especial importancia la adopción de un monarca por el otro. La nueva situación hacía posible la acción militar contra Hermenegildo en el sur de la Península en donde estaba apoyado por los bizantinos, sin temer un ataque de Guntrán ocupado en defenderse de las hostilidades de su hermano y su sobrino. Antes o después, en el curso de la sublevación, Hermenegildo, apoyado por suevos, bizantinos y francos todos ellos cristianos niceistas, se convierte al catolicismo. El enfrenta-

<sup>46</sup> Sin embargo, murió en el camino (*HF*, V, 40).

<sup>47</sup> La embajada sueva en *HF*, V, 41. La llevada a cabo por Agila en *HF*, V, 43. No veo por qué, como sugiere Goffart («Byzantine Policy...», p. 89), ha de alterarse el orden dado por el Turonense.

<sup>48</sup> *HF*, V, 38.

<sup>49</sup> *HF*, VI, 12 y Juan de Biclaro, *Chronicon*, a. 581. 3. Las preocupaciones trinitarias de Chilperico (*HF*, V, 54) pueden deberse a su propia relación con los visigodos.

<sup>50</sup> *HF*, VIII, 35.

<sup>51</sup> *HF*, VI, 1.

miento se presenta entonces como una guerra religiosa, lo que se manifiesta en las acuñaciones de ambos y en una inscripción que alude a la persecución religiosa que sufre Hermenegildo por su padre <sup>52</sup>. No obstante, este tipo de leyendas religiosas en las acuñaciones terminará con la sublevación.

Mientras que las embajadas entre Leovigildo y Chilperico se mantienen durante la contienda, un nuevo cambio se produce en las relaciones entre los reinos francos. La alianza entre Chilperico y Childeberto se debilita al nacerle a aquél un heredero en el 582 y, sobre todo, al otorgar Guntrán al rey de Metz la mitad de Marsella. Si bien la clave puede estar en un nuevo cambio en el palacio de Childeberto al ser expulsados el grupo de magnates dirigido por el obispo Egidio de Reims y recuperar Brunequilda su posición. Entonces se lleva a cabo un pacto con Guntrán al que les unía en estos momentos la animosidad contra Chilperico y Fredegunda. Se prepara también un ataque de grandes proporciones contra el reino visigodo <sup>53</sup>, pero la muerte de Chilperico, asesinado a finales del 584 <sup>54</sup>, produjo una nueva alteración en las relaciones entre los reinos merovingios. En efecto, tras la muerte de Chilperico, Guntrán va a repetir su papel del 575, protegiendo a Fredegunda y al recién nacido hijo de Chilperico para evitar el crecimiento del reino de Childeberto frente al suyo propio y, así, eliminar la posibilidad de un conflicto definitivo entre ambos, mientras Childeberto y Brunequilda exigían a Guntrán la entrega de la odiada Fredegunda. El otro motivo de enfrentamiento entre Guntrán y su sobrino es que aquél se negaba a entregarle los territorios que habían sido de su padre —heredados de Cariberto— y que hasta entonces había usurpado Chilperico.

En la Península, Leovigildo recuperaba Mérida en el 582, sitiando y ocupando Sevilla a mediados del 583. El rey había comprado el abandono del ejército bizantino y los suevos habían abandonado la zona sin que nos conste una actuación definida por su parte <sup>55</sup>. Poco después, el propio

---

<sup>52</sup> Vid., DIAZ y DIAZ, M.: «La leyenda *regi a deo vita* de una moneda de Ermenegildo», *Analecta Sacra Tarraconensis*, XXXI (1958), pp. 261-269; Hillgarth, «La conversión de los visigodos. Notas críticas», *ibid.*, XXXIV (1961) 21-26. También G. C. Miles, *The Coinage of the Visigoths of Spain: Leovigild to Achila II*. Nueva York, 1952, pp. 44 y ss.

Es importante la revisión del problema por Grierson y Blackburn quienes no dan la primacía cronológica a la moneda de Hermenegildo con la leyenda *regi a deo vita* que Díaz suponía acuñada por éste en el momento de su unción y consagración. Nada de esto nos consta. Grierson y Blackburn dan prioridad a la moneda de Hermenegildo tipo Victoria pero con su nombre (Miles, 46) que supone la toma del título real. Sólo algo más tarde aparecería la moneda antes citada (*Medieval European coinage. I The Early Middle Ages (5th to 10th Centuries)*, Cambridge, 1986, pp. 49 y s.

<sup>53</sup> HF, VI, 42.

<sup>54</sup> La llamada Crónica de Fredegario culpa a Brunequilda de su muerte (III, 93, en *M.G.H., Ss. rerum Mer.*, II).

<sup>55</sup> Es bien sabido que las fuentes discrepan en cuanto al sentido de la aparición en Sevi-



Hermenegildo era vencido y hecho prisionero tras la conquista de Córdoba a principios del 584. Por otro lado, Ingundis y su hijo quedaron en poder de los bizantinos, muriendo ella probablemente en el África bizantina algo más tarde, si bien parece que el niño Atanagildo fue llevado a Constantinopla donde se convirtió en un preciado rehén para Mauricio de cara a Brunequilda y al rey de Metz, y es evidente que la actividad bélica que van a desarrollar en Italia está en relación con la presión que el emperador bizantino podía ejercer al custodiar al niño <sup>56</sup>.

Mientras tanto continúan las negociaciones para la boda de Recaredo, pero, sin duda, la muerte de Chilperico, asesinado unos meses después, la hacía poco útil y no parece que llegara a realizarse. La muerte del rey merovingio debió afectar profundamente los proyectos del rey visigodo. Resulta significativo el hecho de que la acuñación de trientes ligeros de 1,3 gramos por parte de Leovigildo coincida con sus relaciones amistosas con Chilperico y sus contactos con los merovingios. A partir del 585 volvió al triente pesado tradicional de 1,5 gr., muestra de su ruptura con los reyes francos, dejando de lado una acuñación que ya no tenía mucho sentido tras la muerte de su firme aliado.

En ese momento se intercambian embajadas con Guntrán pidiendo la paz pero no obtienen resultado. En el año 585, cuando se están desarrollando los últimos momentos del movimiento agrupado en torno al pretendiente Gundevaldo —supuesto hijo de Clotario I—, Guntrán se alía sólidamente con Childeberto al que considera su hijo y sucesor, entregándole la lanza símbolo del poder, y a quien aconseja no dar confianza al obispo Egidio de Reims <sup>57</sup>, mientras que se distancia de Fredegunda y, en función de este alejamiento, pone en cierta duda la paternidad de Chilperico sobre el niño, Clotario II. En este reforzamiento de la alianza parece tener

---

lla del rey Miro. Juan de Biclara, generalmente mejor informado, dice con suficiente claridad —claridad que Isidoro recogió perfectamente— que venían a ayudar a Leovigildo *ad expugnandam* la ciudad de Sevilla que ocupaba Hermenegildo. Sin embargo, Gregorio de Tours señala por dos veces el apoyo de Miro al rebelde (V, 6 y VI, 43) lo que está en consonancia con las ya reseñadas relaciones diplomáticas entre los suevos y Guntrán. Por otro lado, sólo una paz firmada en el 576 *pro parvo tempore* podría explicar esa ayuda militar de Miro a Leovigildo, pero la escasa relevancia que el Biclarense confiere a la misma es un fuerte argumento en contra de esta posibilidad. Gregorio, no siempre mal informado, parece no estar errando en el trasfondo de la política sueva de alianzas, pero puede que el Juan de Biclara no esté completamente equivocado. El propio hecho de estas contradicciones muestra que no hubo combate abierto —lo cual es confirmado por el propio testimonio del Turonense— que permitiera una definición clara, a la vista de todos, de la posición sueva. La muerte del rey Miro explicaría a ojos del Biclarense la ausencia de enfrentamientos bélicos contra el rebelde. Si Leovigildo compró la retirada de los bizantinos, no hay serio obstáculo para pensar que no hiciera lo mismo con los suevos, de manera que éstos pudieron quedar como aliados, lo que explicaría la «confusión» del de Biclara.

<sup>56</sup> *Epistolae Austrasicae*, III, 25 y ss., en *M.G.H., Ep. Mer. et Kar. Aevi*, I.

<sup>57</sup> *HF*, VII, 33.

importancia la actuación de Brunequilda que, al morir el *nutritor* de Childeberto, toma a su hijo directamente a su cargo, lo que pone de manifiesto su sólida posición en la corte de Metz. Entonces un gran ejército de ambos reinos ataca la Septimania en lo que no se considera sino una primera fase dentro de una conquista general del reino godo <sup>58</sup>, pero la buena preparación defensiva de las ciudades y la política de saqueos y de ruptura de los pactos de paz allí donde los firmaron, explica el fracaso de esta operación militar cuya envergadura queda de relieve en el disgusto de Guntrán y en la reprimenda que reciben los magnates cuando se entrevistan con el rey a finales de agosto. El ataque franco también encuentra decidida respuesta en el ejército visigodo dirigido por Recaredo que vence a los francos y realiza una victoriosa incursión en su territorio, conquistando Cabaret y Beaucaire y saqueando la zona de Tolosa <sup>59</sup>. Mientras tanto, Leovigildo somete definitivamente el reino de los suevos. Cuando los legados enviados con regalos a pedir la paz a Guntrán y a Childeberto no reciben respuesta favorable, se produce, en el 586, una nueva campaña de Recaredo <sup>60</sup>.

En el 586 muere Leovigildo siendo sucedido *cum tranquillitate* por Recaredo. La primera noticia que nos refiere al respecto Gregorio de Tours es significativa de todos los acontecimientos que se han estado barajando en la guerra. Señala el obispo que el nuevo rey estableció un pacto con Gosvinta y la recibió como madre. Quiere decirse pues, que, al reconocer el papel de Gosvinta, en cierto modo, y, como luego veremos, momentáneamente se puso fin a una discordia que había motivado la guerra. A resultas de este pacto, sigue diciendo Gregorio de Tours, se envían embajadores a Guntrán y a Childeberto <sup>61</sup>. Estos legados serán bien acogidos por Childeberto, aunque no así por Guntrán, por lo que los visigodos realizarán algunas incursiones en su reino. Parece que el acuerdo con Gosvinta, que debía controlar, al menos en parte, los hilos de la política franca, debió presentarse a Recaredo como paso previo para llegar a una paz sólida que pudiera asegurar sus territorios nororientales amenazados seriamente por un ataque conjunto de ambos reyes. Esta paz era imprescindible para Recaredo ya que la política de pactos con Chilperico, seguida durante los años precedentes, era inviable por la muerte del mismo en el 584 y por la situación en que quedaba su reino en el que Fredegunda actuaba como tutora de su hijo, Clotario II. Por otra parte, el distanciamiento de Fredegunda eliminaba uno de los principales obstáculos al mejoramiento de las relaciones con Gosvinta, en el cual el tema religioso no parece haber tenido especial importancia.

---

<sup>58</sup> Por dos veces se hace referencia a que Septimania es sólo el primer paso (*HF*, VIII, 28 y VIII, 30).

<sup>59</sup> *HF*, VIII, 28, 30 y 35. Juan de Biclaro, *Chronicon*, a. 585, 4.

<sup>60</sup> *HF*, VIII, 35 y 38.

Sólo cuando se produce el pacto con la viuda de su padre y lógicamente se anuda algún tipo de compromiso, el rey de Metz emparentado directamente con Gosvinta, accede a establecer relaciones con los visigodos, en un momento en el que desde su reino se emprenden numerosas campañas a Italia.

En este contexto se produce la conversión de Recaredo. Es posible que Leovigildo, en los últimos momentos de su vida, llevara a cabo, como afirman Gregorio de Tours y Gregorio Magno, cierto proceso de conversión; lo que es más probable es que advirtiera el fracaso de su política religiosa. En cualquier caso, es evidente que Recaredo tomó una serie de pasos que abocaron en su conversión. Juan de Biclaro dice que se hace católico en el décimo mes de su reinado, es decir, en febrero o marzo del 587 <sup>62</sup>. Poco después, el rey visigodo envía una nueva embajada a Childeberto y Guntrán. Este se niega a cualquier acuerdo con quien ha puesto en cautiverio a su sobrina Ingundis. Por su parte, Childeberto II y Brunequilda aceptan, mediante un cuantioso pago, la paz e, incluso, admiten la posibilidad solicitada por Recaredo de contraer matrimonio con Clodesinda, hermana de Childeberto y nieta de Gosvinta. No obstante, Brunequilda y su hijo sostienen que Guntrán debe ser consultado <sup>63</sup>. En noviembre de ese último año se establece un pacto entre Childeberto II y Guntrán. Algunos meses después el rey de Orleans autoriza la unión de Clodesinda y Recaredo, pues Childeberto cumple lo estipulado en los acuerdos <sup>64</sup>. En estas últimas negociaciones se manejó el hecho de que Recaredo se hubiera convertido, lo cual pudo haber tenido alguna importancia, pero no excesiva, de cara a aceptar la paz y consentir en la propuesta matrimonial. Parece abrirse entonces un período de buenas relaciones con la corte de Metz con intercambio de embajadores y regalos <sup>65</sup>. Estos acuerdos con Metz hay que entenderlos dentro de los motivos que alejaban a Childeberto y a Guntrán: la protección que el rey de Orleans otorga a Fredegunda y a su hijo al que incluso habla de conceder ciudades y las disputas territoriales, ya sean las de carácter general o las derivadas de la negativa de Guntrán a entregar a Brunequilda las ciudades que habían sido concedidas a su hermana Galsvinda en *Morgengabe* y de las que en su momento se le había considerado heredera. El hecho de que se firme un pacto entre ambos reyes merovingios en Andelot y se tenga que reafirmar pocos meses después, pone de relieve la dificultad de sus relaciones <sup>66</sup>.

---

<sup>61</sup> *foedus iniit cum Goesintha, ...eamque ut matrem suscepit... Denique, cum noverca habitu consilio, legatus ad Gunthramno rege adque ad Childebitum dirigit* (HF, IX, 1).

<sup>62</sup> *Chronicon*, a. 587, 5.

<sup>63</sup> HF, IX, 16.

<sup>64</sup> HF, IX, 20.

<sup>65</sup> Embajadas, incluso, de la reina Brunequilda (HF, IX, 38).

<sup>66</sup> HF, IX, 11 y IX, 20. Burdeos, Limoges, Cahors, Bearn y Bigorra habían sido concedidas por los reyes merovingios a Brunequilda tras la muerte de su hermana. Sin embargo,

Sin embargo, la alianza no funcionaba correctamente para los intereses visigodos puesto que Guntrán apenas estaba vinculado a la misma. Ya en el 587, el duque Desiderio llevó a cabo una campaña contra Carcasona que, si tuvo un cierto éxito inicial, terminó en un notorio fracaso <sup>67</sup>. La independencia de Guntrán con respecto a los intereses de la corte de Metz fue advertida por el propio Gregorio de Tours quien acusaba a aquél de recibir con agrado las embajadas de Fredegunda <sup>68</sup>.

Gregorio de Tours afirma que cuando se estaban celebrando las importantes reuniones eclesiásticas en Toledo, al producirse la conversión del rey al catolicismo, Recaredo envió mensajeros a la Narbonense a comunicar estas novedades. Ello produjo una nueva rebelión, cuyo inicio quizás deba fecharse a finales del 588, encabezada por Athaloco, un obispo arriano dispuesto a defender su fe, y otros nobles arrianos. Estos llamaron en su ayuda al católico Guntrán que en el 589 invadió con un poderoso ejército la provincia visigoda donde ya un duque franco había ocupado Carcasona <sup>69</sup>. Sin embargo, el ejército franco fue estrepitosamente derrotado a principios del 589 por los visigodos dirigidos por el duque Claudio. Tanto el autor de la vida de los padres emeritenses como Juan de Biclario e Isidoro presentan el éxito militar como una victoria de la nueva fe ganada por el favor divino. La derrota del ejército de Guntrán debió ser efectivamente significativa

—Gregorio de Tours menciona 5.000 muertos y 2.000 prisioneros—, pues desaparece entonces la amenaza franca.

La escasa operatividad de los arreglos con las cortes merovingias no debió pasar inadvertida a Recaredo y es probable que iniciara un distanciamiento de las mismas, de manera que, cuando en mayo del 589 aparece casado con Bado —de la que nada sabemos, pero que debe tratarse de una dama de origen visigodo—, hemos de suponer un considerable giro político tras todos estos años de continuas embajadas para negociar su matrimonio tanto en Soissons como en Metz.

Con este cambio de rumbo hay que relacionar los acontecimientos protagonizados por el obispo Uldida y la reina Gosvinta. Dice Juan de Biclario que ambos conspiraban y que se da a conocer que «arrianizaban» <sup>70</sup>. Uldida será condenado al destierro y Gosvinta, la —al decir del

---

Guntrán se había apoderado de estas ciudades y sólo había entregado Cahors, prometiendo en el tratado de Andelot que las otras serían suyas a su muerte.

<sup>67</sup> *Chronicon*, a. 587, 5. *HF*, VIII, 45.

<sup>68</sup> *HF*, IX, 20.

<sup>69</sup> *HF*, IX, 31 y 32 *VPE.*, V, 12. *Chronicon*, a. 589, 2. El Biclarense fija la entrada de los ejércitos de Guntrán en el tercer año del reinado de Recaredo (iniciado en abril/mayo del 588) siendo vencidos antes de la celebración del III concilio de Toledo de mayo del 589. El hecho de que los arrianos llamaran en su ayuda al rey niceista muestra el papel secundario de la cuestión religiosa.

<sup>70</sup> *et fidei catholicae communionem, quam sub specie Christiana quasi sumentes proiciunt, publicantur* (*Chronicon*, a. 589, 1).

cronista— constante enemiga de los católicos, se suicidó. Da la impresión que Recaredo pudo finalmente verse libre del intrigante y poderoso personaje que había ocupado un lugar de primer orden en el reino visigodo durante un tercio de siglo. El final de Gosvinta, si pudo reforzar el poder interior del rey, suponía el definitivo corte con la política de acercamiento a los reyes merovingios, pero ya hemos apuntado que semejantes relaciones no sólo fortalecían el poder de Gosvinta en el interior al pretender sentar a otra de sus nietas en el trono, sino que, además, no impedían la hostilidad de Guntrán.

El concilio reunido en Toledo en mayo del 589 no es sino el fin de un proceso. Según el Turonense, el nuevo rey convocó con anterioridad un nuevo concilio arriano en el que instó a los conciliares a un debate con los niceistas. Este debate se produjo en una asamblea conjunta de obispos de la que es presumible que el rey esperara que surgiera un consenso definitivo que pusiera fin al enfrentamiento religioso que había agriado la paz del reino en los años anteriores. Sin embargo, los debates no produjeron ningún acuerdo de carácter doctrinal, ninguna fórmula que pudiera servir de base a la unidad. Las presiones del rey debieron ser considerables y, según se deduce de los cánones del concilio niceista del 589, del de Zaragoza del 592 y de la oferta realizada a Sunna <sup>71</sup>, parece haber habido un cierto nivel de acuerdo en el sentido de crear un reino católico de los godos en el que se diera también una salida razonable al clero arriano <sup>72</sup>. Si guiándonos por la fecha dada por Juan de Biclaro, consideramos que el inicio de las reuniones se produce a principios del 588 y éstas habían concluido en mayo del 589, hemos de admitir que todo el proceso fue muy rápido y que resulta muy probable que los obispos permanecieran todo ese tiempo viviendo en Toledo.

Con su conversión al cristianismo niceista <sup>73</sup>, Recaredo pone de relieve que había advertido cuál era la correlación de fuerzas. Si el concilio arriano del 580 apenas había obtenido algún éxito parcial, a través de las actas del III concilio de Toledo se hace patente el resultado de la iniciativa real. Una serie indeterminada de *seniores Gothorum* y ocho obispos, condenan en el III concilio toledano su pasada herejía y afirman su fe católica. Estos obispos que abjuraron del arrianismo se dividen claramente en dos grupos. Uno está formado por cuatro obispos de ciudades que habían pertenecido al reino suevo y, por tanto, de nombramiento reciente y, consiguientemente, próximos a la apertura al niceismo por Leovigildo en el 580 y a la

<sup>71</sup> Si hacía penitencia y se convertía al cristianismo niceista se le nombraría obispo de otra sede (*V.P.E.*: V, 10, 12). Este ofrecimiento no concuerda con el papel de cabeza de la rebelión que le adjudica *V.P.E.* y el *Chronicon*.

<sup>72</sup> DIAZ y DIAZ, «Introducción general» en Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, Madrid, 1982, I. pp. 26 y s.

<sup>73</sup> La noticia del Pseudo-Fredegario del bautismo en secreto de Recaredo, su orden de bautizar a los godos y la quema de libros arrianos no tiene mucho sentido (*Chron.* IV, 8, ed. *M.G.H., Scrp. rer. Merov.* II).

propia persona del rey. No es de extrañar, pues, su conversión. Los otros pertenecen a ciudades situadas en el este y noreste peninsular, desde Valencia a Barcelona, zonas probablemente relacionadas de manera más estrecha con Recaredo. No hay mención de obispos de otras zonas de la Península ni de la Narbonense, donde posiblemente se habían sumado a la revuelta encabezada por Athaloco ni tampoco figuran antiguos obispos arrianos en el concilio de Narbona del 589.

Recaredo se convierte así en el nuevo y auténtico Constantino. El reúne en un nuevo concilio de Nicea a los obispos y allí es aclamado como los emperadores romano-bizantinos con *laudes* por los conciliares <sup>74</sup>, quienes le reconocen como nuevo Constantino y nuevo Marciano —el que convocó el concilio de Calcedonia—. Su título de Flavio, que antes de él habían llevado otros reyes y personajes bárbaros— entre ellos el ostrogodo Teodorico—, a partir de entonces será característico de los monarcas visigodos, lo que insiste también en su identificación con el emperador Constantino y sus sucesores. Sin embargo, el destino de su hijo, *ignobili matre progenitus*, muestra la fragilidad de su victoria y las debilidades de la monarquía visigoda. Mas el nombre del nuevo rey, Liuva II, destaca claramente su origen y posición frente al del hijo de Hermenegildo, Atanagildo. La alianza de ambas familias, realizada a través del matrimonio de Leovigildo y Gosvinta, no había resultado factible por su propia diversidad de intereses y el reforzamiento de cualquiera de ellas podía implicar la ruina de la otra. Toda esta fase pone de relieve, claramente, la imposibilidad de lograr un acuerdo entre ambas y concluye con una momentánea victoria a través de Liuva II.

En definitiva, el desarrollo de la monarquía visigoda en este momento está en relación con los problemas de fortalecer su propia posición a través de alianzas entre poderosas familias que podían tener intereses territoriales en zonas determinadas y también ramificaciones familiares que superasen el marco del propio reino. Por otra parte, creemos que la consideración de las relaciones de la monarquía visigoda con los distintos reyes merovingios facilita, al menos parcialmente, la comprensión del conjunto del período tanto en la Península como en los reinos merovingios. Como hemos visto, el centro de los problemas entre los reinos no estaba ocupado por las cuestiones religiosas —aunque éstas pudieran ser utilizadas en un momento determinado y con un contenido específico en la sublevación de Hermenegildo—, pues tanto las alianzas como las guerras se desarrollan muchas veces al margen de afinidades religiosas. En todo caso, podría parecer que las relaciones entre los reinos no se mueven con la fe religiosa, sino más bien al contrario.

<sup>74</sup> BARBERO, A.: «El pensamiento político visigodo y las primeras unciones regias en la Europa Medieval», *Hispania*, 30 (1970), 255 y ss. HILLGARTH, J. N.: «Historiography in Visigothic Spain», en *La storiografia altomedievale. Settimane* de 1969, Spoleto, 1970, pp. 282 y ss. Ahora en *Visigothic Spain. Byzantium and the Irish*, Londres, 1985.